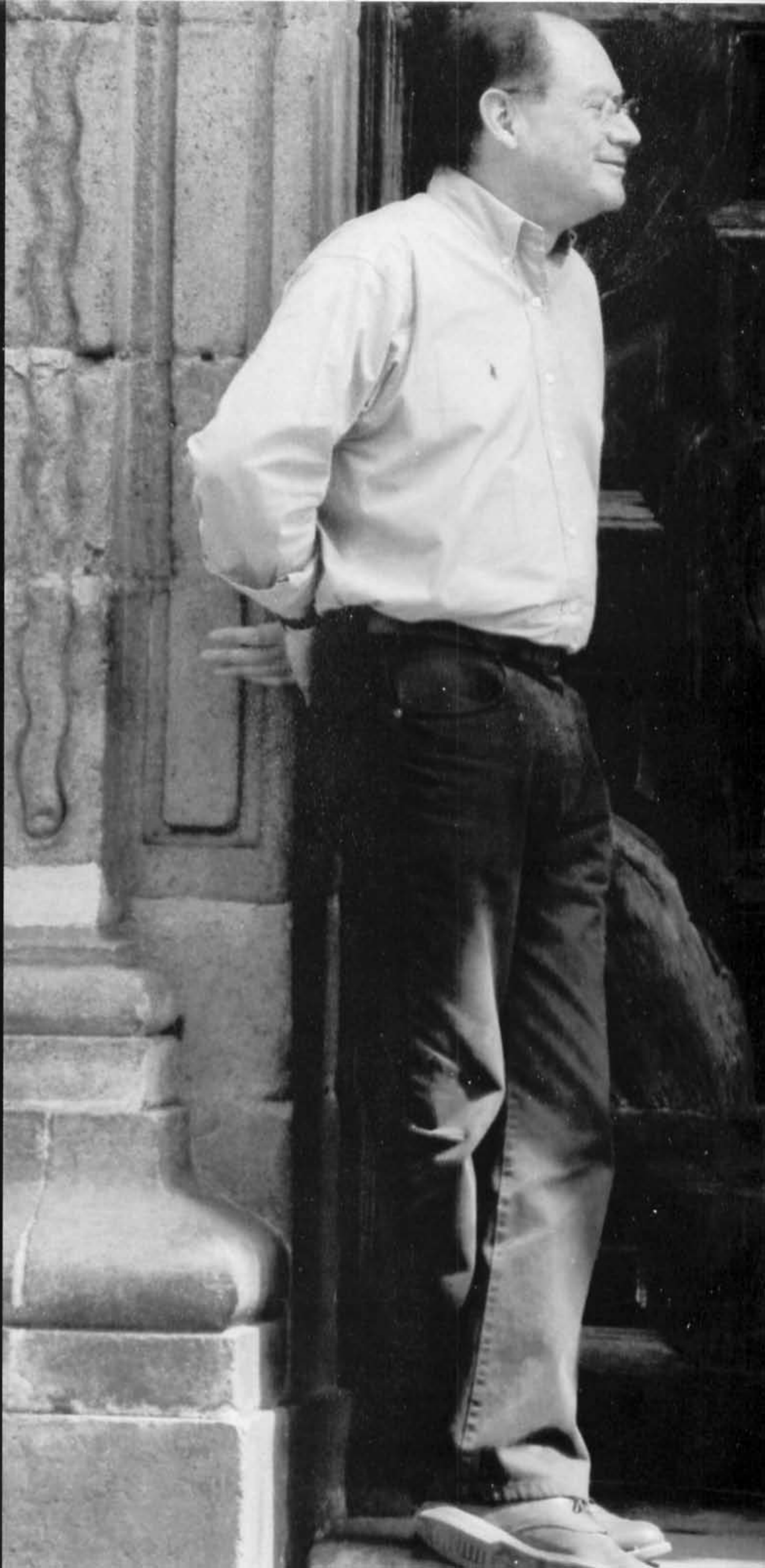


francisco hernández
francisco hernández

Lorena Gómez Calderón
Programa Editorial

FOTOGRAFÍA: ARCHIVO CNIPL/CONACULTA-



a 30 años de *Gritar es cosa de mudos*, primer libro de Francisco Hernández, uno de los poetas más representativos de su generación, el autor trastoca el paso del tiempo con su voz potente, madura, inmerso en su aislamiento para propagar la vida.

Fue un niño enfermizo, asediado por las fiebres tifoideas, rodeado por la exuberante vegetación de su pueblo y las fuertes lluvias que desbordaban el río que hicieron de él un ser delirante, un observador de la realidad con sólo asomarse por la ventana de su casa. Otras veces, la languidez de su pueblo lo enfrascaba escuchando la radio o la voz de su padre leyéndole poemas de Salvador Díaz Mirón, Rubén Darío o Edgar Allan Poe. Más tarde tomaría el hábito de la lectura a instancias de su padre quien, para evitar que anduviera de vago, un día lo sentó a la mesa con los libros de poesía que lo marcarían.

De formación autodidacta, Hernández se guía por el instinto, irrumpe en la poesía de una forma viva, no hay superposiciones, integra vida y poesía sin artificios, se nutre de sus propias experiencias: "Si la poesía es cabal tiene que ser tan natural como la respiración".

Callado, introvertido, solitario, ajeno a la egolatría, Hernández no cae en los juegos de la intriga y las murmuraciones públicas, evade el canto de sirenas, por lo que su obra se ha abierto camino por su calidad, intensidad y rigor poético, manteniéndose al margen de las adulaciones publicitarias. Paradójicamente, trabajó durante 25 años como publicista, simultáneo a su creación poética y de la que afirma: los lenguajes de la publicidad y la poesía están muy conectados en la síntesis.

Quizá empieza a escribir su obra desde los tiempos en que él y un grupo de amigos llevaban serenata a las jóvenes veracruzanas y al no saber cantar ni tocar instrumento alguno recitaba versos ajenos para después recitar los propios. Tal vez ahí nace Mardonio Sinta quien, asegura el poeta, murió de cirrosis hepática, en un hospital de San Andrés Tuxtla el 5 de agosto de 1990, pero hay los que afirman que Mardonio Sinta no es otro que Francisco Hernández:

Galana de blancos trazos,
que mi corazón gobiernas,
si no me duermo en tus brazos
deja probar en tus piernas.

o

Le canto a Rubén Darío
Con estas rimas astrosas.
Desde niño desvarío.
Le cantan mejor las rosas.

Las imágenes y el humor son claras referencias a Francisco, aunque afirme que memorizó los versos de tanto escuchar cantar a Mardonio una y otra vez. La otra parte de Francisco es su acompañante "la perra depresión", como él la llama. No le son ajenos los infiernos oscuros ni hermanarse con la locura y la desdicha, la muerte y el amor de tres personajes como son Schumann y los poetas Hölderlin y Trakl que revive en su libro *Moneda de tres caras*.

Su obra se caracteriza por la fuerza de las imágenes, la melancolía de los lugares, los cuerpos extraviados y el sarcasmo de los recuerdos.

Cinco de la mañana. El calor hace sentir su asfixiante envoltura.
la calle es un torrente de vapores, lenguas y rojos animales domesticados.
Un trago de arak es mi desayuno. Saco el cuchillo debajo
de la almohada que, después de la aurora, abandona su forma de ave.
Debo cuidarme de mil especies distintas de gusanos, de las
garrapatas dobles, de sanguijuelas, de crótalos y de murciélagos,
de perros albinos y de jabalíes rabiosos, de la malaria,
del cólera, de la tuberculosis y de la fiebre amarilla.
Pongo tu retrato contra la pared para que no respire.
Tu lejanía es la peor enfermedad.

Él no es un simulador de experiencias que escriba mirando a través de la ventana, se enriquece de la vida cotidiana viviéndola él mismo, quizás eso es lo que lo hace un poeta vivo, entrañable, que nos desprende la piel con cada línea para vivirla tal y como él lo hace: "Nadie saldrá sin llagas de este incendio".

Francisco Hernández nació en San Andrés Tuxtla, Veracruz, en 1946. Entre su obra publicada se encuentra: *Gritar es cosa de mudos* (1974), *Portarretratos* (1976), *Cuerpo disperso* (1978), *Textos criminales* (1980), *Mar de fondo* (1982), *Oscura coincidencia* (1986), *Moneda de tres caras* (1993), *Poesía reunida*, colección de poemas y ensayo (1996), *Antojo de trampa*, antología (1999) y *Soledad al cubo* (2001), por mencionar algunos. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1982), el Premio Carlos Pellicer para Obra Publicada (1993), el Premio Xavier Villaurrutia (1994), así como diversas becas, como la de la Fundación Octavio Paz en 1999.